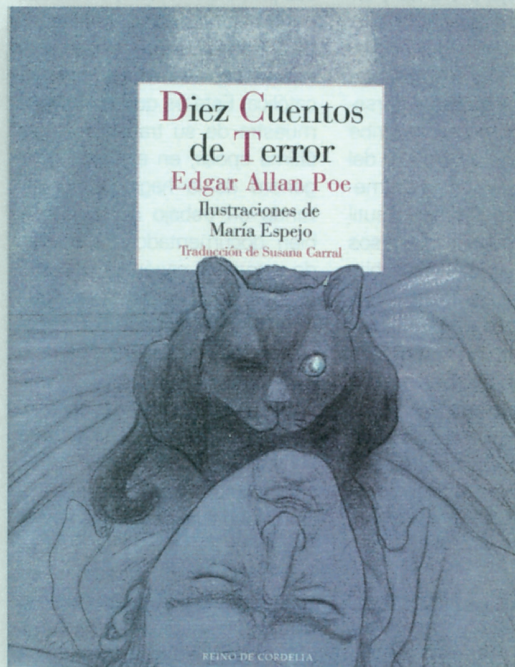


DE **POE** A LOS CUENTOS DE HOY

En su colección *Ilustrados*, la editorial Reino de Cordelia —que por su *Drácula* mereció un Premio Nacional al Libro Mejor Editado— reúne *Diez cuentos de terror* de Edgar Allan Poe. La edición, selección y prólogo son responsabilidad de Luis Alberto de Cuenca, la traducción de Susana Carral, y las ilustraciones, de María Espejo. Los cuentos seleccionados son *Berenice*, *Ligeia*, *La calda de la casa Usher*, *La máscara de la Muerte Roja*, *El pozo y el péndulo*, *El corazón delator*, *El gato negro*, *El entierro prematuro*, *La verdad sobre el caso del Sr. Valdemar* y *El barril de amontillado*. A mi juicio, una magnífica selección de piezas breves entre la obra completa del autor bostoniano, que tanto fascinó a Charles Baudelaire y que tanto influyó en una manera de dar nuevos matices a la ficción, por encima incluso del propio género de terror, desde Maupassant a Lovecraft, el propio Cortázar, y hasta me atrevería a citar a Kafka. Conocí su obra cuando era muy joven, en la versión de Julio Gómez de la Serna, leí más tarde la de Cortázar, y debo señalar que esta de Susana Carral respeta escrupulosamente el espíritu y la forma del original. En cuanto a las ilustraciones, creo que están a la altura de la terrible mirada del

*‘Diez cuentos de terror’
está a la altura de la
terrible mirada de
Edgar Allan Poe, ese
universo deteriorado
entre la enfermedad y
la alucinación*

autor, ese universo deteriorado que se mueve entre la enfermedad y la alucinación, donde el propio escenario es un personaje ominoso, en el que la presencia de



la muerte es aún más familiar que la de la vida, y que, más allá de las corrientes estéticas en las que pueda haber influido, demuestra claramente que la Literatura, con mayúscula, es un instrumento insustituible para poder descifrar los secretos más oscuros de la Realidad.

Junto a ese homenaje estupendo a Edgar Allan Poe, quiero hoy traer a esta página otro libro de narrativa breve, aunque en este caso no se trate de cuentos, sino de novelas cortas: *La noche y yo*, de Juan Carlos Méndez Guédez. El escritor venezolano afincado en España, autor de novelas y de libros de cuentos, presenta en *La noche y yo* tres piezas que me he atrevido a calificar de novelas cortas, aunque sé bien que dicha calificación puede ser discutible, sobre todo si consideramos que, como el propio Allan Poe señaló, es cuento aquello que puede leerse de una vez en un razonable lapso de tiempo —¿hora y media, como una película?—. Mas califico estos textos como novelas cortas porque, aunque mantienen esa concentración temática característica del relato, los tres tienen esa complejidad discursiva que los acerca a la novela. Y, al margen de esto, debo resaltar en los tres una peculiar preocupación formal que los hace resaltar en un momento en que la expresión literaria tiende a simplificarse escandalosamente. En este caso, no cabe duda de que estamos ante un libro de escritor



de verdad, destinado a buenos lectores. La primera novela, *Un círculo para Ainhua*, describe un largo paseo del protagonista por la ciudad en busca de la mujer que lo ha dejado, lleno de encuentros tanto con personajes y elementos reales como de recurrencias de la memoria. La segunda novela, *Xibania*, perfila meticulosamente todo lo que recorre la cabeza del personaje en los cinco segundos que tardará en morir, principalmente a través de los recuerdos de dos mujeres con las que ha tenido relaciones y de la correspondencia de un padre lejano recordado desde la infancia. Por último, en *La noche y yo*, la mujer protagonista rememora su pasado y ciertas relaciones antes de su boda. Las tres novelas tratan con acierto ciertas formas de búsqueda, jugando con los puntos de vista y las derivaciones temporales, y en el tercero de los textos a través de un peculiar flujo de conciencia, que tiene estructura casi poética. En la segunda y tercera de las novelas se alude a un lugar denominado Bir Tawil, que como se sabe es uno de los pocos lugares del mundo sin habitantes fijados ni nacionalidad, acaso para incidir simbólicamente en esa búsqueda que es obsesión de los personajes. ©

José María Merino es miembro de la Real Academia Española.